

adoraba, ni mía, que le amaba también: lo era de mil pequeñeces de la vida, mil nada del hogar doméstico, mil ligeras nubes, pasajeras al parecer, pero que se multiplicaban hasta empañar el cielo azul de nuestro amor. El arte de vivir me lo ha enseñado mi segundo esposo, y á él debo la felicidad de que disfruto. Tú le verás y le estimarás en lo mucho que vale, mi querida Dolores.

Las palabras de la Marquesa fueron seguidas de un leve ruido: la cortina de seda se había levantado para dar paso al Marqués.

CAPÍTULO V

PRONÓSTICOS

Contaba el esposo de Berta diez años más que ésta, es decir, que estaba cerca de cumplir los treinta y cuatro.

Era de elevada estatura y pocas carnes. Su color moreno y animado hacía resaltar la belleza de sus facciones, algo pronunciadas, y sus grandes ojos negros, cargados de dulzura y de melancolía.

Había en su fisonomía esa expresión que se puede llamar *mansedumbre del mando*, y que significa que el hábito de mandar y de ser obedecido había quitado á sus facciones, si es que alguna vez la había tenido, la costumbre de expresar la ira ó la amargura.

Lo primero que se le concedía eran las cualidades de hombre fuerte y decidido, hermoso pasaporte que tanto facilita al sexo varonil el viaje de la vida; á la segunda mirada, se le aclamaba como hombre de una distinción suprema y de una urbanidad exquisita.

Berta sabía mejor que nadie cuánta verdad decía el exterior de su marido: todas las nobles cualidades que prometía, existían en su alma, como existen las perlas dentro de una concha de nácar.

Si el Marqués hubiera nacido en una esfera más baja, hubiera tenido defectos: había en él una excesiva propensión á la molicie y al fausto, y un profundo desprecio hacia toda persona indigna, que no sabía ni quería ocultar, y que le granjeaba muchos enemigos; pero estos enemigos, aunque le arañaban, no lograban herirle.

Ha dicho una mujer que escribe, que en tanto que una persona sube, le tiran los envidiosos de los pies; pero que si logra subir á la cima, le envían incienso desde abajo: el Marqués había nacido en la cima, y nadie le había tirado nunca hacia el suelo para hacerle caer.

Amaba con idolatría á su mujer, pero sin ceguedad; conocía sus defectos, y quizá, á causa de ellos, la amaba más; hubiera dado los mejores años de su vida por encontrarla soltera; pero la halló viuda, y se dijo:

—Aceptaré su viudez como la nube del azul de mi cielo, y le haré olvidar los pesares que ha sufrido en su primer enlace.

En la época en que los presento á mis lectores,

apenas hacía un año que se habían enlazado; dos hijos malogrados habían causado á Berta una melancolía mortal, y su marido, para distraerla, discurría mayores refinamientos en las opulencias de su vida.

—Ya está aquí Dolores, querido Adriano—dijo la Marquesa señalando á su amiga.—Ven y siéntate á nuestro lado.

La joven se volvió, y el Marqués, á la vista de su hermosura, hizo un violento movimiento de sorpresa.

—¿No es cierto que es muy bella?—dijo Berta.—Creo que la hallarás superior á todas mis alabanzas, que acusabas, sin embargo, de exageradas.

—Veo ahora que no lo eran—repuso el Marqués, que se había repuesto al instante de su pasada emoción,—y que has sido muy parca en ellas: esta señorita es muy bella.

Dolores levantó sus grandes ojos negros para mirar al que así le hablaba; y aquella mirada deslumbró de nuevo al Marqués, quien, á pesar de ser hombre de mundo, hubo de inclinar la suya.

—Toma café con nosotras, Adriano—dijo la Marquesa, cuya nobleza, en la que había tam-

bién mucha candidez, no pudo adivinar los tumultuosos sentimientos que se desarrollaban á su vista:—toma mi taza, y yo pediré otra para mí.

Diciendo estas palabras, se levantó para agitar la campanilla.

Cuando Berta volvió á su asiento, los ojos de Adriano y de Dolores se hallaban vagando sobre diferentes objetos de la habitación, y la Marquesa, alegre con la presencia de su marido y de su amiga, fué la que tomó la palabra para animar á entrambos.

—Dolores—le dijo,—esta noche te acostarás pronto, y yo recibiré sólo á algunos íntimos amigos nuestros que vienen cerca de las diez: ya verás, cuando los conozcas, cuánto te agradan: el uno es un señor de alguna edad, alegre, y que dice á todos lo que piensa, aunque su franqueza desagrada; otro es un diplomático, que sólo sabe hacer cortesías y hablar de *notas*; el tercero es un coronel, que me ha referido más de cien veces las batallas en que se ha encontrado y en que se ha distinguido.

—No es tu relación la más á propósito para que tu amiga forme buen concepto de las personas de nuestra intimidad—dijo el Marqués sonriéndose.

—¿Por qué no?—repuso Berta.—Entre estos defectos que sobresalen, ella les encontrará mil bellas cualidades, ocultas como la rosa entre las espinas. ¿Quién está exento de defectos? Debe aceptarse la amistad tal como es y no exigirle la perfección suprema, pues si de ese modo pensasen todos, nadie nos querría por amigos, por lo mismo que también estamos llenos de defectos. El más viejo, que es el americano excesivamente franco, te ha de gustar, Dolores. No he visto persona más espléndida, más generosa, ni de trato más delicado en medio de su ruda franqueza: extremos difíciles de conciliar, pero que, sin embargo, él concilia con su gran talento; basta, en fin, para su completo elogio, que te diga que podía ser colosalmente rico, y sólo posee una fortuna mediana por su afán de socorrer las necesidades, y hasta los despilfarros de sus amigos.

Pero—añadió la Marquesa—veo que estás fatigada, mi pobre Dolores, y que, á pesar de la influencia del café, tus ojos se cierran, lo que no es extraño después de tantas malas noches. Retírate á descansar, y mañana será la velada más larga.

Dolores, contenta con el permiso, porque en efecto tenía mucho sueño, se levantó y saludó al

Marqués bastante torpemente: era la niña que jamás había pisado los umbrales del gran mundo; la hija de la honrada clase media, que había recibido una educación muy casera y muy humilde.

De esto mismo se resentían todos sus modales, llenos de encogimiento: sentada, no sabía qué hacer de sus manos; su andar era torpe y sin gracia, porque la embarazaba mucho su suntuoso vestido, y podía llamársela, sin ofenderla, una joven muy bella, pero muy vulgar.

El Marqués, que se había puesto en pie para despedirla, libre ya de la fascinación que sobre él ejercían los ojos de fuego de Dolores, no le concedió una mirada al salir, y así que dió sus primeros pasos para alejarse, se volvió de espaldas, tomó un libro que había sobre un velador, y se puso á hojearle distraídamente.

Berta volvió al instante al lado de su marido.

—¿Qué te parece mi protegida?—le preguntó con alegre apresuramiento.

—¿Me pides mi parecer acerca de su parte física, ó de lo que he podido vislumbrar de la moral é intelectual?—preguntó á su vez el Marqués.

—De una y otras—dijo Berta;—pero supongo que, excepto de su belleza, poco podrás haber juzgado de lo demás en tan pocos minutos.

—Sin embargo—respondió el Marqués,—puedo hablarte un poco de todo.

—Veamos.

—Tu amiga me parece muy bonita, hoy que está débil y enferma; dentro de dos meses á lo más, será una mujer muy bella, y tan interesante, que merecerá sin duda el dictado de irresistible.

—¡Bien!—gritó la Marquesa batiendo las palmas.—En el primer caso, vas más allá de lo que yo creía. Veamos en el segundo.

—Te hablaré ahora, no ya de su persona, sino de sus maneras: éstas son hoy torpísimas, sin gracia ni encanto alguno; pero estudiará las tuyas y las copiará, por lo que será en breve una mujer muy distinguida y elegante.

—En este punto pensamos del mismo modo—dijo Berta:—sólo necesita ver para aprender, porque está dotada de mucho talento. La pobre niña ha recibido de sus padres una educación del todo casera, y además nunca ha visto gente más que de esa clase, que no tiene maneras ni elegancia.

—Sí: tiene mucho talento—repitió el Marqués;—y si tú le dieras maestros de música, pintura é idiomas, llegaría en un año á ser un prodigio. Pero, créeme, querida Berta: cájala cuanto antes, y que la eduque su marido.

—¿Por qué dices eso?

—El alma de esa joven ha perdido toda su pureza, todo el perfume de pudor que se albergaba en ella, y que algún día debió reflejar sobre su semblante: es una mujer muy peligrosa.

—¿Para ti?—preguntó la Marquesa con una ironía en la que había alguna amargura.

—Yo no la temo—respondió el Marqués;—pero ¿quieres que, según mi costumbre, te diga la verdad?

—Sí.

—Pues bien: si yo fuese un poco vulnerable, ya habría sucumbido.

—¿Tan bella te parece?

—Más que su belleza, me hubieran subyugado sus miradas. Tú no puedes comprender la expresión que había en sus ojos al dirigirse á mí..., á mí, el marido de su amiga y bienhechora; á ti jamás te mirará de ese modo, y aun conmigo lo hacía sin la menor intención de seducirme... Creo que involuntariamente mirará así á todos los hombres.

—¡Tú la juzgas mal!—repuso Berta con enfado.—El amor propio os hace ver á los hombres cosas que sólo existen en vuestra imaginación... ¿Tiene acaso la culpa la pobre Dolores de que sus ojos sean negros y grandes?

—No; como no la tiene tampoco de hallarse dotada de una fatal naturaleza. Ella no querrá ser peligrosa, pero lo es; ¿qué más da para ti, para mí, y para todos los demás? Y luego, querida mía, ¿te parece cosa natural que á los dos días de perder á su madre tenga aliento ni aun para ver la luz? ¿Crees que son indicios de un buen corazón el separarse voluntariamente de su hija, y ese profundo odio que le manifiesta? Berta, tú eres buena y juzgas á los demás por tu nobleza misma; pero yo, que soy menos bueno que tú, creo que esa mujer, viéndose deshonrada y siendo causa, por su misma vergüenza, de la muerte de sus honrados padres, sólo una cosa debía y podía hacer: morir de dolor.

—¡Oh, Dios mío, qué severo eres!—exclamó la Marquesa con alguna indignación. Lo mismo que todos los hombres: cuanto más larga es la historia de sus aventuras, menos perdonan á las mujeres sus extravíos.

—No quiero negarte eso: el egoísmo del hombre exige tanta más pureza cuantas más víctimas han hecho sus pasiones. Y no hablo por mí, que he sido poco aficionado á aventuras: hablo en general. Tú quieres hacer de esa niña perdida una mujer honrada... y creo que no lo conseguirás.

—¿Por qué no? Todo depende de que le encuentre un buen marido.

—¿Tanto poder nos concedes?—preguntó Adriano tomando la mano de su mujer.

—¡Un poder inmenso! Siempre es la mujer lo que su esposo quiere que sea.

—Pues oye lo que voy á decirte para que no abrigues esperanzas vanas, mi querida Berta.

—¿Vas á destruirme mis ilusiones?

—Vale más que te las destruya, que no que las abrigues para verlas defraudadas más tarde. Dolores se habrá de casar con un hombre que valga poco, es decir, con un hombre que se deje alucinar sólo por su belleza.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque es preciso decirle que tiene una hija.

—¡Eso jamás!—exclamó Berta;—¡rebajarla así á los ojos de su marido!

El Marqués miró á su esposa, retratándose en su semblante la más profunda admiración.

—¿Qué es, pues, lo que piensas hacer?—le preguntó.

—Cuidar yo de esa niña, educarla como si fuese mía.

—¿Y engañar á un hombre de bien? Á eso te

diré yo igualmente: ¡jamás! ¿No ves que si algún día la mano soberana de Dios descubriese ese secreto, nunca os lo perdonaría ni á ella ni á ti el burlado esposo? ¡No, no, Berta! que cargue esa mujer con el peso de su deshonor, y no le aceptes como tuyo, porque jamás lo consentiré.

El Marqués calló, dejando á su esposa tiempo para reflexionar.

—¡Dios mío! ¡eres muy severo!—repitió la Marquesa.—¿Qué marido le hallaremos entonces?

—Ya te he dicho que uno que valga poco, mas para ella bastará. Te encargo que la hagas ir alguna vez á ver á su hija y que no seas tú sola la que cargues con todos los cuidados de esa cupable maternidad.

—¡Qué poca caridad!—murmuró la Marquesa.—Aún puedo exclamar otra vez: ¡éstos son los hombres!

—Y yo te repetiré que tienes razón. Berta, con la falta cometida por tu amiga, con su fatal carácter, duro y apasionado, vengativo y entusiasta, lleno, en fin, de terribles contrastes, y con las ardientes pasiones que duermen en el fondo de su alma, y que sólo esperan la ocasión de desarrollarse, no habrá hombre que no la juzgue como yo, á no ser algún tonto á quien alucine. Tú, aca-

so, podrías ser el ángel de su redención: la mujer, y una mujer como tú, podría transformarla por la piedad, podría trocar en mansedumbre el fiero carácter que descubrió al abofetear en la calle á su seductor. Pero, créeme: ella no querrá ser buena, sino seguir por la pendiente que le señalan las pasiones tumultuosas, que le harán su esclava; nada hay en ella ya de puro, de suave, de dulce: todo eso desapareció bajo el soplo de la seducción y de la venganza que ruge en el fondo de su alma, sin que ella misma se aperciba de ello.

CAPÍTULO VI

LOS CONTRATOS DE BODA

Cerca de un año después de esta conversación, se hallaba reunida una numerosa tertulia en el salón de la Marquesa.

Una guirnalda de elegantes mujeres se extendía en derredor de la estancia, y cada una cambiaba con sus amigos palabras amables y dulces sonrisas.

Al extremo del salón, y recostada en un canapé de seda, se hallaba Dolores, elegantemente vestida y rodeada de una nube de jóvenes apuestos que la llenaban de requiebros y de lisonjas.

El traje de la joven era de una coquetería deslumbradora.

Hallándose próximo el término de su luto, llevaba vestido blanco con bordados negros.

Su traje, de tafetán blanco, dejaba ver una garganta hechicera, nevada y hecha á torno; un cinturón de raso negro ajustaba su talle esbelto y elegante, y una larga cadena de azabache rodeaba su cuello.

Dolores se había desfigurado mucho, pero todo en ventaja suya.

Había crecido en aquel año lo bastante para que su estatura, que podía antes llamarse pequeña, pasara algún tanto los límites de la regular.

La cándida redondez de sus formas y de sus facciones, habíase convertido en una esbeltez graciosa y delicada; su rostro había adquirido un óvalo prolongado; sus mejillas no tenían ya el florido encarnado que perdieron con su fatal maternidad: eran ahora blancas como el nácar, pálidas sin perder su frescura, y hacían resaltar la expresión de sus rasgados ojos, llenos de fuego y de viveza.

Nada más intachable y puro que aquel seductor y movable semblante, que expresaba en un momento los más opuestos y contradictorios sentimientos.

Su frente decía en su corte noble y gracioso cuán grande era el talento meditabundo de Dolores. Levantábanse sus cabellos en gruesas trenzas; y su actitud, llena de la más refinada coquetería, hacía lucir con ventaja todas las perfecciones de su talle y del estrecho pie, que asomaba como una tercera parte por debajo del borde de su traje.

Ya no era aquella Dolores de aire encogido y casi tosco que hemos conocido en el capítulo anterior; ya no era una niña tímida y ruborosa; era una joven encantadora y elegante; nadie como ella había llegado á poseer el arte de jugar con esas mil bagatelas, cuyo manejo es la desesperación de las mujeres de poco trato; su mano, cubierta de un fino guante color de perla, se mostraba al descuido y sin que ella pareciese saberlo, enredando sus dedos la rica leontina de su reloj; tenía apoyados sus menudos pies en un almohadón moruno con una actitud llena de gracia, y se reclinaba muellemente en el respaldo del canapé, volviendo la cabeza para escuchar á los que le hablaban.

En suma, Dolores había copiado—según el Marqués presumía—todas las maneras de Berta, perfeccionándolas aún con su admirable talento.

Hacia el centro del salón se hallaba sentada la misma Berta, la que también demostraba en su persona una transformación no menos notable, pero mucho más triste que la de su protegida.

Su admirable hermosura parecía haberse marchitado bajo el soplo de una pena secreta: sus ojos estaban hundidos y rodeados de anchos círculos oscuros; sus mejillas estaban pálidas; su sonrisa

era violenta y dolorosa; sólo su traje conservaba su espléndida elegancia y su exquisito buen gusto.

Vestía de seda verde, con aderezo de esmeraldas y brillantes; pero aquel espléndido atavío no alcanzaba á ocultar su mortal tristeza á los ojos perspicaces de algunas mujeres.

—Yo no sé lo que tiene la Marquesa—decía una joven hermosa y elegante al diplomático que casi siempre hablaba de *notas*, y que se había manifestado apasionado admirador de Berta:—¿no ve usted, amigo, cómo se marchita?

—Sí—respondió el diplomático:—algo desmejorada está; pero siempre me parece encantadora.

—Á mí me gusta más esa joven que tiene á su lado.

—Á mí no—respondió el diplomático:—la belleza provocativa de esa joven sólo sirve para hacer resaltar la noble hermosura de la Marquesa.

La dama se mordió los labios: siguiendo la táctica de muchas otras, había querido ensalzar á una mujer, sólo para deprimir á otra.

—Me parece que este matrimonio empieza á torcerse—decían entretanto dos amigos en el hueco de una ventana:—la Marquesa está muy triste, y el Marqués se ha dedicado ahora á la po-

lítica y á la caza, cosas en que nunca había pensado hasta hoy.

—Me parece que el diablo ha entrado aquí bajo la forma de Dolores Herrera: lo que es el Marqués no sabe ocultar la impresión que le causa... Véale usted en este instante.

—¿Dónde está?

—Recostado en aquella puerta.

Y los dos amigos se volvieron para mirar al Marqués, quien, en efecto, contemplaba á Dolores como extático.

—¡Oh!; ¡qué mirada!—dijo uno de los dos amigos.—¡Si reparase en ella la Marquesa, no le gustaría mucho!

—Creo que el haber reparado en otras semejantes es la causa de que se vaya poniendo flaca y triste... Pero también habrá visto esa, porque va hacia su marido.

En efecto, Berta había observado la distracción de su marido, y una dolorosa sonrisa entreabrió sus labios; se levantó; cruzó el salón con lento paso, y se acercó al Marqués.

—¿Adriano?—le dijo con dulzura.

El Marqués se estremeció, y se volvió rápidamente.

—Ahí dentro, en las mesas de juego, no hay

animación alguna—prosiguió la Marquesa:—bueno sería que diceses una vuelta, pues hace falta que dos personas se sienten las primeras y se determinen á empezar.

—Tienes razón, y voy allá—repuso el Marqués.—¡Ah!: aquí viene uno que empezará de buena gana conmigo.

Adriano dijo estas palabras señalando á un nuevo personaje que acababa de entrar.

Era un hombre alto, muy moreno, con cabellos negros y rizados, y que parecía frisar en los cuarenta años.

Sus ojos, negros también, tenían una mirada dura; pero en ellos aparecía casi de continuo una expresión de dulzura melosa y pérfida.

Hijo de un rico colono americano, había dilapidado todo el caudal que heredara de su padre, ya prodigando su dinero por vanidad, aparentando socorrer necesidades que sólo eran originadas por el desorden, ya entregándose él á todos los caprichos del lujo y de la disipación.

Llamábase Florestán de Benavente. Era elegante en sus maneras, espléndido en sus gustos, amable en demasía en su trato, magnífico en su traje, con esa rica sencillez que constituye el verdadero buen gusto; pero bajo aquel exterior bri-

llante se ocultaban un alma dura y helada, un egoísmo á toda prueba, y un desencanto de la vida que tocaba en lo más alto del ateísmo.

Tal era el hombre que había sabido conquistar, con su atractivo exterior, la simpatía y estimación de la Marquesa. Berta, cuyo noble instinto sólo veía el lado bueno de todas las cosas, no había podido penetrar con su mirada de ángel aquella dura corteza y sondear los abismos de aquella alma que se replegaba á su vista con el más exquisito cuidado.

Otro motivo tenía para estimar á Florestán: éste se había manifestado apasionado de Dolores desde el instante en que la vió; pero de un modo tal, que no dejaba la menor duda acerca de la verdad de su amor.

Éste era cierto: aquel hombre, que sólo había visto en la mujer un lindo juguete que había arrojado cuando llegaba á serle molesto, se enamoró de la señorita de Herrera con esa pasión de los sentidos, que es de escasa duración, pero que se presenta con una fuerza inusitada.

Vió su hermosura, y nada más. Se informó con prolijo y exquisito cuidado de sus antecedentes, y poco tardó en saberlos todos.

Aquella hermanita de pocos meses que se cria-

ba en un pueblo, dió que sospechar á su experiencia: se informó de la edad de los padres de Dolores cuando murieron, y sacó en consecuencia la verdad.

Mas el convencimiento de lo cierto sólo la Marquesa podía dárselo, y á adquirirlo se dirigieron todos sus esfuerzos.

Pintóle la pasión que sentía por Dolores, y aseguró que, aunque estuviese manchada de un modo indeleble, no dejaría de amarla.

Berta abrió los labios para decirle que la mancha existía; pero volvió á cerrarlos sin pronunciar una palabra. Quería más pruebas de aquel amor. Ella podía acaso confesar la desgracia de Dolores á su futuro esposo, pero no á un simple apasionado de sus gracias.

Benavente leyó como en un libro en el corazón de la Marquesa, y se dijo que era suya la victoria.

Declaróse amante de Dolores; y á los pocos días de rodearla de los más delicados obsequios, pidió su mano á la Marquesa, que le dijo necesitaba algunos días para meditarlo y consultar con Dolores.

Al cabo del plazo prefijado, le fué hecha por Berta, con voz trémula y conmovida, lo que él llamaba *la gran revelación*.

Contestó él que amaba más á Dolores, desgraciada que feliz, y que miraría como á su hija á la pequeña Lágrimas.

Decidióse, pues, la boda de Dolores, y en la noche de que hablamos debían firmarse los contratos.

Berta y Dolores tenían en la mano preciosos ramilletes, regalo de Benavente.

La Marquesa esperaba con un ansia secreta que llegase el día del matrimonio de su amiga. La oculta pena que la devoraba y marchitaba su juventud y su hermosura, traía su origen de la pasión hacia Dolores que había visto desarrollarse y crecer en el corazón de su marido; ¡de su marido, que había sido el primero en amar á aquella joven de malos instintos!

Él era el detractor de Dolores; él era el que cada día le mostraba una aversión más profunda; y, sin embargo, él era quien no podía separar de ella los ojos y quien había perdido el sueño y el apetito. Huía de su presencia cuanto le era posible, y hacía algunos días que, bajo diferentes pretextos, comía siempre fuera para no verla ni aun en la mesa.

Éstas son las pasiones verdaderamente temibles; son las únicas que resisten á los argumen-

tos de la razón, porque la razón es la primera en condenarlas; y, á pesar de todo, se adhieren al corazón como el áspid á un rico y dorado fruto para devorarlo.

Berta, con su admirable instinto de mujer, conoció el peligro, y lloró la imposibilidad de remediarlo; ¿qué podía hacer? Su mismo esposo conocía tal vez que existía; porque, ¿acaso no huía de Dolores?; ¿no evitaba todas las ocasiones de verla? Y siéndolo así, ¿no era más desgraciado que culpable?

Su elevado talento le aconsejó guardar silencio y acelerar la unión de Dolores con el brillante americano.

La joven, por su parte, no adivinaba nada de lo que pasaba en torno suyo; su pasión por el lujo y los placeres, pasión que tantas veces le había reprendido su buena madre cuando, niña aún de ocho años, mostraba tal propensión á la pereza, se había desarrollado de un modo increíble.

Dolores soñaba con una existencia brillante y rodeada de todos los refinamientos de la opulencia, y sin amar al americano, creía amarle, cuando sólo estaba alucinada por sus deslumbradoras ofertas.

Volvamos al salón en la noche en que da principio este capítulo.

Benavente se dirigió á saludar á la Marquesa, y después fué al sofá donde se hallaba Dolores rodeada de una turba de jóvenes elegantes, quienes, como ya he dicho, la colmaban de lisonjas y galanterías, que ella encontraba bastante insulsas.

—Cedamos el paso á este dichoso mortal—dijo uno de ellos retirándose algunos pasos del canapé.

Los demás le imitaron, y Benavente, agradeciéndoles la atención con una sonrisa, tomó asiento al lado de Dolores, que le miraba con una sonrisa de ángel. Cuando ya le tuvo á su lado, paseó ella una mirada sobre toda aquella turba que se retiraba, y luego la volvió llena de satisfacción hacia su futuro esposo. Le parecía el más distinguido y el más elegante de todos.

En efecto: Benavente estaba verdaderamente seductor.

Su traje, completamente negro, se adaptaba á las prescripciones de la más rigurosa moda, y hacía resaltar la blancura de su camisa de batista y de su rica corbata blanca; tres pequeñas perlas lucían en su pechera, y su calzado y sus guantes eran la desesperación de los elegantes, que no podían adivinar, porque él no lo decía nunca, el comerciante que le surtía de estos admirables efectos.

La placa de una encomienda, tachonada de brillantes, se veía en su costado izquierdo.

Su fisonomía era el más bello complemento de este conjunto deslumbrador: apenas representaba los treinta y ocho años, que hacía ya dos ó tres que había cumplido; su tez tenía el moreno limpio y dorado del ámbar, y hacía parecer más hermosos sus grandes ojos negros, tristes y sombríos, y á veces irresistiblemente apasionados; su abundante cabello negro se rizaba naturalmente sobre su frente y sienes; bajo su bigote negro y fino se veían brillar sus dientes de nácar y el carmín subido de sus labios.

Algunos de sus detractores decían que se pintaba, que gastaba corsé, y que el negro de su cabello era debido á una tintura exquisita, con la que ocultaba sus muchas canas.

Pero estas aseveraciones no habían llegado á oídos de Dolores, y, aunque así hubiera sido, lo hubiera atribuído á calumnias ó al poder de la envidia.

—Vengo, amada mía—dijo el americano mirando tiernamente á Dolores,—de dar la última mano á tu gabinete de tocador.

—¿Tan pronto preparas eso?—preguntó Dolores sonriéndose.

—¿Pronto? Dentro de veinte días me pertenecerás, y este espacio, que para mí significa una eternidad, quiero hacerle más breve ocupándome de ti y de todo lo que te concierne. Los trajes que te dedico, han llegado ya también de París: son preciosos y realzarán tu belleza de un modo maravilloso; hay uno de tisú color de marfil, bordado de perlas, que te hará asemejar á la reina Blanca.

Dolores se sonrió, y en sus bellas y expresivas facciones brilló un rayo de alegría.

Hubo un rato de silencio, al cabo del cual prosiguió el americano con singular aplomo:

—Además de los cajones que contienen los vestidos, hoy han llegado de París otros muchos objetos preciosos, entre ellos, una primorosa cuna de bronce y marfil.

Dolores se hizo atrás con un movimiento convulsivo, y su semblante se cubrió de palidez.

—No te debo esta confianza—prosiguió tristemente Florestán,—y lo siento; pero ello es que sé tu desgracia y que quiero ayudarte á soportarla.

Dolores bajó la cabeza y nada contestó: estaba abrumada de vergüenza, y en aquel instante odiaba á la Marquesa por haber vendido su secreto.

—Mucho se perdona á la que ha amado mu-

cho—continuó con voz melosa Florestán,—y yo te perdono á ti.

—¡Yo no amaba á aquel hombre!—observó tímidamente Dolores:—sólo año y medio hace que le conocí, y ya le he olvidado.

El rubor que coloreó las mejillas de Dolores y el rayo que lanzaron sus ojos, desmentían estas palabras. Decían claro que se acordaba de su seductor para odiarle, pero que no le había olvidado.

Así lo comprendió Benavente, y su mirada expresó también un violento rencor.

—¡El día que encuentre á ese hombre—dijo,—le mataré!

—¡Oh!; ¡le matarás!—exclamó Dolores asiendo entre sus manos, que temblaban de emoción, las de su prometido, sin pensar en que muchas miradas podían fijarse en ella.—¿Le matarás, vengarás mi afrenta y la muerte de mis padres? ¡Si eso te debiera, toda mi vida sería tu esclava!

—Le mataré—repitió fríamente Benavente.—Es para mí un tormento inexplicable el saber que te recibo manchada, cuando creo que la luz ofende aun la aparente pureza que Berta te ha conservado á los ojos del mundo. Tomo como mía la injuria que ese hombre te ha inferido, y

dondequiera que le halle le escupiré al rostro y le mataré.

Otra pausa siguió á estas palabras; el americano fué el que de nuevo rompió el silencio.

—Pero—prosiguió—el que yo aborrezca á ese hombre no es una razón para que tu hija viva en el abandono; la amo porque es tuya. La Marquesa, al hablarme de tu desgracia, sin duda por las sugerencias de su marido, me ha significado su deseo de hacerse cargo de la niña; pero yo no debo consentirlo, y no lo consentiré; la adoptaré por mía, y vivirá á nuestro lado.

—¿Cómo se explicará su existencia á las personas extrañas?—preguntó Dolores, que temblaba.

—Con la verdad—respondió Benavente.

—¡Cómo! ¿Diciendo que es mi hija?

—Sí; sólo así me absolverá la sociedad si mato á su padre. Esto es muy fácil, pues aunque á la muerte de tu madre se dijo que esa criatura era tu hermana, las sospechas hubieran tardado muy poco en surgir; ahora nada importa que nazcan y se conviertan en certidumbre.

—¡Ver á todas horas á esa criatura que tanto aborrezco!—exclamó Dolores.—¡No, no!; ¡eso jamás! ¡Á ese precio, Florestán, jamás seré tu esposa!

Estremecióse el americano al escuchar estas palabras: la posesión de Dolores era lo que más le interesaba en el mundo entonces, y por conseguirla hubiera cedido á todo.

—No hablemos más de eso por ahora—dijo;—yo, que te amo tanto, no puedo hacerte sufrir: se hará tu voluntad, porque sólo quiero tu dicha.

Luego continuó hablándole de amor y embriagándola con algunas promesas de aquellas á las que él sabía dar tan singular encanto y dulzura, pero que no eran, sin embargo, otra cosa que el empalagoso sabor de las frutas de su país.

Dolores y Florestán eran dos actores que hacían una comedia, y que se engañaban mutuamente; no obstante, Dolores era una actriz muy inferior á su futuro; toda la ventaja, de su parte, estaba en que principiaba por engañarse á sí misma.

Florestán, por el contrario, era el que alucinaba á Dolores, en tanto que él veía muy claramente la verdad.

Sabía, ó presumía al menos, que su pasión por Dolores debía tener muy corta duración: comprendía que algún día podía rebelarse ante el yugo que su carácter violento le impondría, y deseaba sujetarla por medio de su hija á una grati-

tud que le hiciese olvidar todos sus extravíos y todos los excesos de que no pensaba enmendarse en lo sucesivo.

La Marquesa fué invitando á los concurrentes para pasar al salón donde iban á firmarse los contratos. Ella misma dió el ejemplo, tomando el brazo de Florestán.

El Marqués dió el suyo á Dolores, la miró, quiso hablar, y la voz expiró en su garganta.

La Marquesa vió todo esto, é hizo retroceder hacia el corazón las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Después de firmar los contratos, en los que el señor Benavente ponía una cantidad muy respetable, y Dolores diez mil duros, que era el dote que le regalaba la Marquesa, pasaron los convidados al *buffet*, espléndidamente servido, terminando la noche con un baile, que se llamó de confianza, pero que estuvo muy brillante.